

ELIE WIESEL

**A CORAZÓN  
ABIERTO**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2012

Doy las gracias de todo corazón a los doctores Charles Friedlander, David Seinfeld, Howard Cohen, Nirav Patel y Stephen D. Nimer, cuyos abnegados cuidados me han alejado del final.

Y a Elisabeth Schemla: su amistad sigue siendo un apoyo conmovedor.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujo Mercedes Huarte Luxán  
sobre el original francés *Coeur ouvert*

© Flammarion, 2011

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1800-7

Depósito legal: S. 261-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Pero no es así como yo había imaginado mi fin. Y además, no me siento preparado en absoluto.

Tantas cosas que acabar todavía, tantos proyectos que elaborar, tantos desafíos que afrontar, tantas plegarias que componer, tantas palabras que encontrar, tantos silencios que hacer cantar, tantos cursos que dar y lecciones que recibir.

He aprendido mucho acerca de mí mismo y acerca de lo que me rodea. Sobre todo, que, cuando el cuerpo se vuelve prisionero de su dolor, una pequeña píldora o inyección resulta más eficaz que el pensamiento filosófico más brillante.

Tantas cosas que contar todavía a mis dos nietos, a los que quiero con un amor que no conoce límites.

El enfermo, prisionero de su cuerpo condenado, colocado a su pesar frente a su destino, experimenta estas reflexiones con una intensidad feroz. Ante la gravedad del momento, siento, por tanto, la necesidad de proceder a un examen de conciencia.

Tengo ochenta y dos años. Como me sucede a menudo, y ahora más que nunca, mi estado de naufrago me lleva a mirar atrás: ¿qué he hecho, qué he dejado de hacer durante este largo trayecto compuesto de sueños y de desafíos?

Extrañamente, un grito de Baudelaire –en su *Corazón al desnudo* (!)– me viene a la memoria: «En todo hombre, en todo momento, hay dos sollicitaciones simultáneas, una hacia Dios y otra hacia Satán». ¿He seguido con la misma fe, o con el mismo escepticismo, tanto una como otra? ¿He vislumbrado

el camino del Bien y lo he sabido distinguir del camino del Mal?

Mi vida se despliega ante mí como una película: paisajes de mi infancia; aventuras en parajes lejanos, a veces exóticos; mis primeros maestros, luego los primeros instantes de éxtasis religioso de adolescente con mis amigos de la *yeshivá*, cuando recibíamos de nuestros viejos maestros las llaves capaces de abrir las puertas secretas de las verdades místicas.

¿He cumplido con mi deber de superviviente? ¿Lo he transmitido todo? ¿Tal vez he transmitido demasiado?

Los gritos de los adolescentes y las lágrimas de los ancianos, los vagabundos místicos y los pensadores ebrios, los niños mudos y las mujeres ansiosas de amor, los ricos y los pobres: ¿he sabido utilizar las palabras justas para contar sus historias? ¿No fueron castigados algunos místicos por haber franqueado el umbral del jardín secreto de los conocimientos prohibidos?

En primer lugar, traté de describir el tiempo de las tinieblas: Birkenau, Auschwitz, Buchenwald. Un volumen pequeño: *La noche*.

Primero en yidish: *Y el mundo se callaba*. Allí la menor frase, la menor palabra reflejan una experiencia que supera el entendimiento. Aunque cada superviviente hubiera dedicado un año de su vida a dar testimonio, el resultado seguiría siendo siempre insuficiente. A veces me releo, y acabo con un gusto amargo en la boca: no es esto, no es así como habría que decirlo. Y después, en el ámbito del lenguaje, ¿acaso no me siento pobre y desprotegido, muy inferior? En mis escritos sobre este Acontecimiento, ¿no habré cometido un pecado violando la prohibición al mismo tiempo que sabía que el que no vivió la muerte allí nunca comprenderá lo que nosotros, los supervivientes, padecemos de la mañana a la noche, bajo un cielo mudo?

He escrito mucho, unos cincuenta libros, pero sobre temas alejados de lo que, sin embargo, sigo considerando esencial: la memoria de las víctimas. Creo haberlo intentado todo para que no permaneciera sofocada, pero ¿fue bastante? Y si con frecuencia publiqué algo sobre otros temas –reportajes, novelas–, fue para no quedarme encerrado en ella. Mi lucha contra la trivialización y la

banalización de Auschwitz en el cine y en la televisión me ha valido enemigos, mientras que a mis ojos se trataba de un deber: mostrar este cúmulo de sufrimientos y de muertes formando parte de los textos cuya savia nutre nuestro impulso. Y no la banalidad al servicio del espectáculo.

Paso las páginas en mi cabeza.

La Biblia y los profetas, el Talmud y el jasidismo, el Baal Shem Tov y sus discípulos, el misticismo y la ética: todo lo que he recibido de mis maestros cercanos y desaparecidos he intentado transmitirlo. Sin pretenderlo, sin pensar en ello siquiera, mi experiencia de lo que algunos de nosotros llaman la *Shoá*, o el Holocausto, se ha deslizado aquí y allá, entre líneas, en los silencios que rodean el texto. Mis novelas las he puesto asimismo a la sombra de las llamas invisibles. Pero ¿he sido lo bastante prudente?

Mis primeras obras de ficción no suceden durante la Tormenta, sino después. ¿Por qué?

En *El alba* (la lucha clandestina judía contra el ejército británico en Palestina), un superviviente de los campos de la muerte recibe la orden de ejecutar a un oficial enemigo.

Y Dios, ¿qué hay de Dios?

¿Me planteo esta terrible cuestión aquí también, en el hospital, entre las visitas de los médicos y de los míos, para desterrar mi angustia y mis dolores? Esta pregunta me mortifica, igual que atormenta cuanto he escrito. Y el amante de los problemas insolubles que soy sigue estando insatisfecho.

Vuelvo a oír a un gran periodista amigo, en un diálogo televisado, intentando averiguar lo que yo le diría a Dios cuando estuviera ante Él.

—Dos palabras —contesté—: ¿por qué?

¿Y la respuesta de Dios? Si Él tuvo a bien comunicármela, no la recuerdo.

El Talmud nos cuenta: Moisés asiste a una lección de rabí Akiva sobre la Biblia, y